



MI AUTOMOVIL

HOY, con gran rubor, me he mirado desnudo delante de un espejo y me he dado cuenta de que he pasado de moda, que uso un modelo antiguo de líneas feas y pesadas. Ya no se usan brazos y piernas tan delgados y los cuerpos suelen ser más esbeltos y funcionales.

La carrocería también la tengo en malas condiciones: encanecida, llena de arrugas y verrugas por todas partes, descolorida, con eczema.

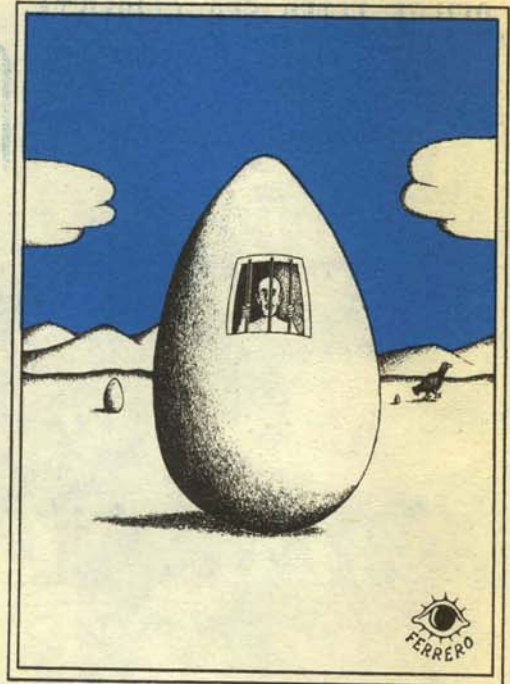
Debería haberme hecho una revisión a fondo cada cinco mil horas de uso, pero ahora ya es tarde para empezar. El motor no tiene fuerza, no tira en las cuevas y no aguanta un viaje regularmente largo. Necesita un buen encamisado. La calefacción no funcio-

na y pierdo agua constantemente por culpa de la incontinencia de orina.

El motor de arranque me hace sufrir todas las mañanas con sus flemas y esputos y del encendido es mejor no hablar: en mí ya no se encienden ni los deseos de discutir en el café con los amigos.

Soy un coche viejo y feo y ahora advierto lo mal que lo he cuidado en las dieciocho mil horas que lo he estado usando.

Cualquier día aparco mi automóvil en una cuneta de una calle oscura y lo dejo allí hasta que la grúa municipal o los basureros se lo lleven para venderlo como chatarra o para que los estudiantes de medicina estudien en mis ruinas anatomía. Y que sea lo que Dios quiera. ■ A. A.



FERRERO

